

Contenido de la Conferencia – Oración, impartida por Fray Emilio Rocha Grande, ofm, Administrador Apostólico de Tánger, en el Hogar San Juan el 17 de noviembre de 2022

“ANDA Y HAZ TÚ LO MISMO” (Lc 10,37)

El Señor os bendiga con la paz.

Soy franciscano desde hace más de cuarenta años y, tras haber formado parte de fraternidades repartidas por conventos de Ávila, Cáceres, Madrid, Murcia, Toledo y Roma; desde hace casi un año soy Administrador apostólico de la diócesis de Tánger (Marruecos), una diócesis grande en número de habitantes (más de cuatro millones), pero con una población católica que apenas llega 0,01% (unos 3.000 católicos). En Marruecos está prohibida por ley la evangelización directa a la población marroquí; el anuncio del Evangelio que llevamos a cabo se corresponde con lo que san Francisco de Asís dice a sus frailes: *"Predicad el evangelio en todo momento y si es necesario usad también las palabras"*

Estas palabras esconden un gran reto para todo creyente: Que nuestra vida hable por sí sola del Evangelio, que sepa a Evangelio, que desprenda el olor agradable del Evangelio... Y si fuera preciso, usar las palabras para dar razón nuestra fe y de las maravillas que Dios hizo y hace en nosotros; y son palabras que encuentran en Marruecos un hondo contenido: "las obras de misericordia" son prácticamente el único modo de hacer audible la voz del Evangelio.

En la diócesis de Tánger, junto con la atención a personas marroquíes en grave riesgo de exclusión social, tienen una capital importancia los inmigrantes que llegan a Marruecos para quedarse o lo cruzan con destino a Europa: La inmigración es el corazón de nuestra Iglesia en Marruecos. En la Iglesia la persona es el corazón, no lo son los programas pastorales ni las estructuras. Actualmente hay varios miles de migrantes en movimiento por Marruecos. En general, "entran por la frontera argelina y atraviesan Marruecos, que geográficamente es la parte más cercana a España, a Europa. Nosotros abrimos nuestras puertas, está abierta formalmente en todas las iglesias la acogida y todos los migrantes saben que en la iglesia encontrarán acogida, una palabra y una atención que da calor y alienta. su dignidad humana. Por otra parte, esta inmigración ha cambiado el rostro de la Iglesia: La catedral de Tánger y la parroquia de la Asunción, parecen el domingo una oficina de las Naciones Unidas porque están presentes jóvenes católico de numerosos países de África, han creado su coro y prácticamente hemos tenido que cambiar la lengua de la celebración, ya no es español, es francés, es inglés...; es algo que sucede y da vida en todas las parroquias, larache, Tetuán, Tánger, Asilah, Nador, Al- Hoceima....

A mí que vivo en esta realidad política, social y eclesial me habéis pedido que comparta con vosotros una reflexión sobre "la misericordia", y me parece conveniente intentar precisar desde el principio *"qué es eso de la misericordia"*. Si vamos al latín, del que procede la palabra, vemos que, *miser* es el verbo empleado para expresar piedad; un perdón para con los demás que se vincula con un sentimiento de autocomprensión más profundo. Esta profundidad, llegará al fondo del individuo, a su *cordis*, a su "corazón". Estamos subrayando así, la capacidad de perdonar, compadecerse y empatizar con los sufrimientos ajenos, hasta el punto de hacerlos propios.

Esto es muy importante, porque uno de los atributos más empelados en la Biblia para referirse a Dios es su "misericordia", una misericordia que ve muy frecuentemente unida a la fidelidad¹. Dios es, por tanto, un Dios misericordioso.

¹ Fijándonos únicamente en el libro de los salmos, tenemos: Sal 91: "es bueno proclamar por la mañana tu misericordia, y de noche tu fidelidad"; Sal 89: "Cantaré eternamente la misericordia del Señor, proclamaré su fidelidad por todas las edades"; Sal 116: "Firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre"; Sal 99: "él Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades"; Sal22: "Tu misericordia y tu fidelidad me acompañan todos los días de mi vida".

Para acercarnos a la misericordia del Señor y saborearla, vamos a fijarnos en una de las metáforas bíblicas sobre las manos de Dios. Dios, no sólo tiene manos de artesano, de pastor y de padre de ternura maternal; tiene también manos de viñador. A través de estas manos, podemos ver la misericordiosa condescendencia de Dios.

A los seres humanos nos resulta muy difícil abajarnos. Afortunadamente, a Dios no. Él mismo Dios lo confirma: "*Yo enseñé a andar a Efraín. Le alzaba en brazos, y él no comprendía que era Yo quien lo curaba. Con lazos de amor le atraía. Me inclinaba y le daba de comer. Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, que soy Dios y. no hombre, santo en medio de ti, y no enemigo a la puerta*" (Os :11,1-4.8-9).

Porque es Dios y no hombre se inclina. Tenemos un Dios que se agacha y condesciende, se acerca a nosotros, los de "abajo". Es la imagen del viñador que, una y otra vez, se agacha para plantar, regar, podar la viña y recoger el fruto.

En un pueblo agrícola, como lo era el antiguo Israel, en el que tanta importancia tenía el viñedo, las manos del viñador eran la gran metáfora para describir la tozuda, paciente, incansable y entrañable misericordia del Señor ².

Dejémonos "decir" los "Cantos de la viña". Oigámoslos como referidos a nosotros mismos. Porque eso es lo que ha hecho el Señor en nuestras vidas y en la humanidad, una y otra vez, agachándose con ternura sobre nosotros. En ellos el Señor aparece como el viñador que se agacha para plantar, regar y cuidar su viña. Es un guardián que la vigila día y noche. Y queda dolorido y desengañado por la falta de frutos; por eso reprocha, se enfada y amenaza. Pero en Dios el enfado no es nunca la última palabra. En los Cantos a la viña del profeta Isaías (cf. Is 27,2-5), dice el Señor: "*No me enfado más. Si brotan cardos y zarzas, saldré a quemarlas todas. Protegeré mi viña si hace las paces conmigo*". Y fue Dios mismo el que, misericordiosamente, propició esa paz, enviando a su Hijo: Jesús es la verdadera vid (cf. Jn 1.5). Lo que no pudo darle Israel a Dios, lo pudo Jesús. La última palabra de Dios es la misericordia: nos ha entregado a su Hijo para que insertos en Él, como sarmientos, tengamos vida y no produzcamos agrazones, sino frutos jugosos.

Cristo vino a decirnos, no sólo con palabras, sino con su vida, con su presencia solidaria entre nosotros, que Dios nos quiere entrañablemente; que, a pesar de todo, sigue queriendo restablecer la relación de filiación amorosa con los seres humanos.

Hay una canción popular que canta el viñador cuando poda y que expresa muy bien la diferencia radical entre el viñador y el leñador:

*No tengas miedo a la poda
cuando es verde tu madera,
yo no busco lo que saco,
me interesa lo que queda.*

Mientras el leñador, que piensa en sí mismo y en calentarse, tala y se interesa por lo viejo (la leña), el viñador, que piensa en la vid, tala porque está interesado por lo nuevo, por la viña que da fruto.

Así actúa el Señor con sus manos de viñador. A Él no le interesa la leña ("lo que saca"), para calentarse como un leñador. Si nos poda muchas veces en la vida, nos zarandea, nos desconcierta, a veces dolorosamente, su acción es como toda poda: para que demos fruto; a Él le interesa "lo que queda". Lo dice Jesús: a los sarmientos que dan fruto, los limpia y poda para que den más fruto (cf. Jn 1.5,2).

² Cf. Los "Cantos de la viña": Is 5,1-7; Is 27,2-5; Jer 2,21; Sal 80 (79) 9-20.

Cuando Jesús quiere poner ante nuestros ojos la misericordia entrañable de Dios, que va a encontrar su expresión plena y definitiva en su entrega de la vida por nuestro amor, se sirve con frecuencia, no sólo de gestos como el de su frente a la mujer adúltera (Jn 8, 1-11) o ante el buen ladrón (Lc 23,39-43) sino también de parábolas: "el hijo pródigo" (Lc 15, 11-32), "la oveja perdida"(Lc 15 1-7) Y la que voy a seguir en este tiempo de meditación: la parábola del "buen samaritano" (Lc 10,25-37).

"En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro. ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió «Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente, Y a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿y quién es mi prójimo?», Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaren, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un Samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: "Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva". ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

He de reconocer que nunca me canso de escuchar esta parábola; es un relato que tiene la capacidad de remover lo más profundo del corazón humano, quizá porque nos presenta de un modo espléndido el rostro de Dios y encierra una vía de solución al drama que arrastra desde siempre el ser humano.

¿Quién es mi prójimo? Esta es la pregunta que, presentada por el maestro de la Ley, da lugar a una respuesta de Jesús que cambia totalmente la perspectiva: ya no se trata de "¿quién es mi prójimo" sino de "¿quién de estos tres ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?". Estamos ante un giro copernicano: tu prójimo no es aquel a quien tú permites entrar en el ámbito de tu atención; prójimo eres tú cuando te abajas del pedestal para acercarte y atender a una persona. Prójimo no es la persona a la que amas, sino tú cuando amas.

El verbo central de la parábola, del que brotan todos los demás gestos que lleva a cabo aquel samaritano, es presentado con la expresión: "se *compadeció*". Es una expresión que en el evangelio según san Lucas pone de manifiesto que algo afecta en lo más profundo del propio ser, en las entrañas; es como un puñetazo en la boca del estómago, una rebelión interior, algo que provoca un profundo estremecimiento interior, y se sitúa en el origen de una fuente de la que brota la misericordia hecha obra, una misericordia afectiva y efectiva.

Compadecerse es "padecer con" y conlleva sentir dolor por el dolor del otro. Ya lo hemos dicho al inicio de esta meditación: la misericordia pide necesariamente agacharse, abajarse para curar las heridas de alguien. Para el evangelista Lucas "sentir compasión", "tener misericordia" es una expresión técnica que hace referencia a una acción de Dios por la que da vida a quien la ha perdido. Tener misericordia es una acción humana que se vincula directamente con este "sentimiento divino".

Los tres gestos que lleva a cabo el "buen samaritano": ver, pararse y tocar, están poniendo de manifiesto las tres acciones propias de la misericordia.

- Ver: *"al verlo, se compadeció"*. Vio las heridas, y se dejó herir en su interior por las heridas de aquel hombre. Nuestro mundo es un inmenso "valle de lágrimas". Un poeta y teólogo italiano, David María Turolto afirma lapidariamente: *"Dios navega a través de un río de lágrimas"*, invisibles para quien ha dejado se le cieguen los ojos del corazón, como le sucede al sacerdote y al levita en la parábola. Para Jesús, en cambio, ver y amar son la misma cosa: Él es la mirada amante de un Dios del que, san Juan de la Cruz afirma: *"el mirar de Dios es amar"*.

- Pararse: detener el propio camino, frenar los propios proyectos, dejar que sea el otro el que dirija nuestra agenda, parase junto a la vida que gime o llama. Seguramente cada uno de nosotros lo hemos hecho muchas veces a lo largo de nuestra vida; es algo tan simple como detener los pasos, frecuentemente muy acelerados, para decir a alguien "gracias" o "aquí estoy".

- Tocar: El samaritano se aproxima, no ejerce una caridad desde lo alto; desciende de su caballo y se abaja, y echa sobre las heridas de aquel desconocido aceite y vino, se lo carga a las espaldas y lo sube a su propia cabalgadura. "Tocar" es una palabra que nos resulta dura, pone en movimiento el cuerpo, nos pone a prueba, nos complica la vida. No surge espontáneamente tocar a un enfermo llagado, a alguien que padece una enfermedad contagiosa. Jesús actúa de un modo diverso, en el Evangelio siempre que Jesús pasa junto a un necesitado, se para y toca, pone así de manifiesto que amar no es algo puramente emocional, sino un gesto que brota de la voluntad y se plasma en acciones concretas y tangibles.

S. Lucas pone claramente de manifiesto que el samaritano se ocupa de aquel herido de una manera exagerada. Pero es precisamente en el exceso y el derroche, en su actuar a fondo perdido y sin esperar ninguna recompensa, en su amor plenamente unilateral e incondicional, donde brota gozosa y esperanzadora la buena noticia del amor de Dios.

¡Esta parábola es un regalo maravilloso para todos nosotros, y también un compromiso! A cada uno de nosotros Jesús nos repite lo que le dijo al doctor de la Ley: *"anda y haz tú lo mismo"* (v. 37). Todos estamos llamados a recorrer el mismo camino que el buen samaritano, que es una figura de Cristo: Jesús se inclinó hacia nosotros, se hizo nuestro siervo y, desde abajo nos salvó, dándonos la clave para que también nosotros podamos amar a los demás de la misma manera como Él nos amó y sigue amando.

Para la Iglesia que peregrina en Tánger, el hombre que *"cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto"*, tiene un rostro muy concreto: el rostro de las familias en pobreza extrema, el de los niños enganchados desde muy pequeños a la droga, el de los adolescentes y jóvenes que trafican con ella y la consumen..., pero, sobre todo, en este momento concreto, el rostro de los migrantes.

En su mensaje para la *Jornada del Migrante y el Refugiado* el papa Francisco nos habla de construir el mañana con ellos, y nos urge a renovar el compromiso para la construcción de un futuro más acorde con la voluntad de Dios, la construcción de un mundo donde todos podamos vivir dignamente en paz y donde habite la justicia; donde nadie quede excluido.

Pero, para llegar a ese reconocimiento y valoración hay que superar los prejuicios que nos llevan a considerarlos como como extraños y un peligro para la convivencia o como una amenaza para nuestro futuro. Al contrario, hemos de considerarlos como una parte del pueblo de Dios, del futuro que estamos llamados a construir. Tal y como nos enseña la parábola del Buen Samaritano, hemos de cambiar el punto de vista y no tratar de descubrir quién de entre los demás es o no mi prójimo. Soy yo qui en ha de convertirse en prójimo suyo, de forma que el otro cuente para mí tanto como yo mismo.

Jesús, ya lo hemos visto, da un vuelco total a la antigua perspectiva ya que es el samaritano el que se convierte a sí mismo en prójimo y nos enseña a ser prójimo y nos muestra que la clave para serlo está dentro de uno mismo. Hemos de llegar a ser personas que aman a los demás, que se

preocupan por ellos, que se conmueven ante el sufrimiento ajeno, que tienen un corazón abierto. No se trata de descubrir quién es mi prójimo sino de comportarme como prójimo de los demás.

Prójimos no son sólo los otros, que pueden merecer o no consideración y ayuda. Prójimo soy yo con respecto a los otros, en relación con todos los seres humanos sin distinción de ningún tipo. Desde esta perspectiva, soy yo quien debo convertirme en prójimo de todos, también de los que puedo percibir como extraños, ajenos a mi mundo de relaciones, molestos o incómodos. Ser prójimo significa cumplir el mandamiento del amor haciéndome próximo de los demás, sobre todo de los más heridos los caídos en los márgenes del camino (los marginados). Los cristianos, llevando a Jesús en el corazón, entendemos que el amor es necesariamente universal en su horizonte y muy concreto en la realización; un amor que se fundamenta en el hecho de que yo soy hermano de todo aquel que me encuentro, en la cotidianidad y, en especial, de todo aquel que necesita mi ayuda.

Al traer a la memoria y al corazón *la misericordia*, la parábola del Buen Samaritano ha de ser nuestro criterio de comportamiento; Jesús nos muestra la universalidad del amor que se dirige hacia quien lo necesita, sea qui en sea, no importa de dónde viene, ni el color de su piel, ni la religión que profesa, ni la lengua que habla.... Mi prójimo es cualquiera que me necesita y al que yo puedo ayudar. Y yo soy prójimo cualquiera que me necesita y al que yo puedo ayudar. De este modo se universaliza, el concepto de prójimo, pero sigue permaneciendo concreto. Aunque se extiende a todos los hombres, el amor al prójimo no se diluye en una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico en el tiempo y en el espacio, en el momento presente y en el lugar en que hábitos. Este es el criterio de comportamiento y la medida que nos propone Jesús: la universalidad del amor que se dirige a todo hermano necesitado, quienquiera que sea.

Hemos de ser prójimos de todos los que yacen caídos en las cunetas de la senda por la que transita el progreso; en nuestros caminos de Tánger encontramos, no sólo pero sí, sobre todo, a los migrantes, Su presencia constituye un enorme reto, pero también una oportunidad de crecimiento humano, cultural y espiritual. Con ellos estamos llamados a construir el Reino de Dios, un Reino de justicia, de fraternidad y de paz.

En el evangelio según san Lucas se dice de Jesús de Nazaret que dio por cumplida en su persona la profecía de Isaías: "*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres*" (Lc 4,18). y el evangelio de Juan nos permite contemplar, asombrados, que Jesús lava los pies de los discípulos. Y allí resuena el mandato: "*Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis*" (Jn 13,15). Para un discípulo de Jesús, "ponerse a los pies de los pobres" es un mandato que pertenece al corazón de la fe.